

Contado con la minuciosa claridad de los grandes pintores flamencos, el filósofo Tzvetan Todorov indaga en los orígenes de la imagen del hombre y en ese momento en que empezó a reconocerse a sí mismo como un ser vivo independiente.

La invención del hombre

ARTE

TZVETAN TODOROV
«ELOGIO DEL INDIVIDUO. ENSAYO
SOBRE LA PINTURA FLAMENCA
DEL RENACIMIENTO»
EDITORIAL GALAXIA GUTENBERG
237 PÁGINAS. 25 EUROS.



En un escrito de 1945, del final de la Segunda Guerra Mundial, María Zambrano habló de un movimiento creciente de destrucción de las formas artísticas. «¿Qué era lo que quedaba destruido? La forma, la forma humana y la del mundo que el hombre había revelado por la "teoría"; la humanización del mundo. No se trata, pues, solamente de la representación de lo humano, de la idea del hombre representada en todas sus magnitudes y medidas, sino de una visión humanizada de la realidad». Una parte de la confusión en la que se haya sumida la producción artística contemporánea se debe a la incompreensión de lo que ha significado, en la historia, el proceso de humanización de la mirada del hombre. En otras palabras, se debe al desconocimiento de las ideas que han sustentado la tradición artística de Occidente. Como apuntaba nuestra gran filósofa, la ignorancia ha impuesto en efecto formas abusivas de deshumanización del arte, cuando no la tendencia a una mera destrucción de todo lo real.

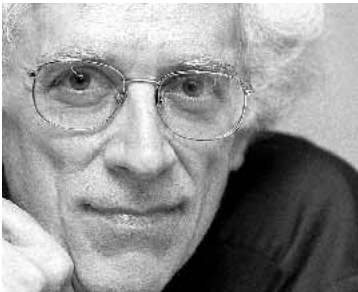
De los orígenes de ese laborioso

proceso de humanización de la mirada trata el libro de Tzvetan Todorov (Sofía, Bulgaria, 1939), «Elogio del individuo». A lo largo de doscientas páginas, este sabio exiliado en Francia, ilustra un capítulo decisivo de la evolución de la pintura europea. En concreto se centra en el estudio de la silenciosa revolución que tuvo lugar en el arte pictórico en Flandes y el norte de Francia durante los siglos XIV y XV.

Todorov es un escritor extraordinario. Experto en el humanismo europeo, proviene del campo de la teoría del conocimiento. Tienen sus escritos la amenidad de un George Steiner y la claridad del propio Umberto Eco, al que supera en profundidad y rigor. La tesis central del libro se resume en la convicción de que el Renacimiento europeo se caracteriza por la mayor importancia concedida al individuo concreto, al hombre de carne y hueso al que se le concede una importancia por sí mismo, al margen de tipos, de estratos o jerarquías. Paralelamente cambia la percepción del mundo material, otorgándose un valor único a cada momento, lugar, paisaje u objeto particulares y concretos. Pues bien, este cambio de mentalidad, se verifica antes que nada, antes incluso que en las concepciones filosóficas o teológicas imperantes, en el arte de la pintura flamenca y borgoñesa del cuatrocento.

Todorov acomete su estudio desde una perspectiva histórica. En primer lugar, busca antecedentes en la antigüedad clásica, deteniéndose especialmente en los retratos egipcios de

CRÍTICA DE LA CRÍTICA



Huyó del comunismo implantado en su país, Bulgaria, en 1963 y se instaló en Francia, donde ha desarrollado toda su carrera como pensador y filósofo del lenguaje. Entre sus obras destacan «El jardín imperfecto: luces y sombras del pensamiento humanista», «Los abusos de la memoria» o «El nuevo desorden mundial: reflexiones de un europeo».

El Fayum. Después recorre el período medieval, de cuyo sistema de representación alegórico-simbólica es un gran conocedor. Todorov expone con claridad las importantes transformaciones que se producen en el terreno de la espiritualidad entorno al siglo XV, con la aparición de la llamada devoción moderna. La obra y el pensamiento de Kempis, Gerson y por supuesto Nicolás de Cusa son el trasfondo sobre el que se delinean



«Hombre del turbante rojo», de Jan van Eyck

los cambios en el arte de pintar. El antecedente inmediato de los grandes pintores flamencos del XV está conformado por los iluminadores de libros sagrados que trabajan en la última parte del siglo XIV: Coene, Hagenau, Paul de Limbourg, Jaquemart de Hesdin, etc. Hay una línea directa que une a estos artistas con los grandes retratistas de la generación siguiente. Todorov presenta la obra de tres genios: Robert Campín, maestro de Flemalle; Jan Van Eyck, de quien afirma que llevo la pintura a un estadio cuasi autónomo, y por último, Rogier van der Weyden.

«Elogio del individuo» contiene una lección de método. Se puede

discrepar de sus ideas, pero a Todorov se le entiende todo. No se queda en la enumeración descriptiva de particularidades más o menos insignificantes. Sabe lo que dice y por qué lo dice. Establece asociaciones elocuentes y audaces de los detalles de un cuadro con las ideas emergentes. No hay compartimentos estancos. Enseña a mirar los cuadros y, lo que es más importante, a que el lector se mire por dentro, se interroge, desee acudir a los museos a comprobar las intuiciones y los razonamientos que desde los primeros párrafos le han cautivado.

Álvaro DE LA RICA

Una casa para vivir escribiendo

ENSAYO

Sandra Petrigani
«LA ESCRITORA VIVE AQUÍ»
EDITORIAL SIRUELA
241 PÁGINAS. 19 EUROS.



«Una casa dice la verdad de quien la habita» es la tesis de este libro en palabras de la propia autora, la italiana Sandra Petrigani (1952), quien ha visitado las casas de seis mujeres en busca de los objetos que hablaron de lo que fueron sus vidas y, en todos los

casos, atribuladas y pasionales vidas. Dicha busca es una excusa para profundizar en la biografía de escritoras admiradas, pues el detalle del sitio e interiores de cada hogar es sólo un elemento más en la mayor parte de las ocasiones; sólo en el texto dedicado a Marguerite Yourcenar, la casa de ésta en Maine, donde residió treinta y seis años, aparece de forma preeminente.

A Petrigani le interesa pisar y observar los lugares para ubicar los ensueños, los amores, las personalidades de estas mujeres memorables. «Creo que, incluso en los casos más modestos, nada sea más revelador sobre la afectividad de un ser humano que el lugar en el que vive y los



Vanessa Bell, según Duncan Grant

objetos de los que se rodea», afirma al hablar de la casa que Virginia Woolf compartió con su hermana Vanessa y sus amigos y la que adquirió con su marido Leonard.

Estos dos ejemplos, más el de Karen Blixen (aquí se estudia más a la mujer que a la autora que firmaba con el seudónimo de Isak Dinesen), quizá son los más próximos y los que uno lee con la sensación de participar en la experiencia de la autora. El resto de mujeres, hasta para la misma Petrigani, resultan más ajenos y por ello tienen más tono de crónica que de hallazgo personal, seguramente por la mayor distancia temporal que media con ellas: Grazia Deledda, la prolífica escritora de Cerdeña que recibió el premio

Nobel en 1926, la exploradora Alexandra David-Néel, que llegó al Tibet en 1923, e incluso la famosa Colette, son caracteres de un pasado lejano, de una sociedad donde ser mujer emprendedora y sensual era un acto de valentía.

Es lo sensual, lo romántico, lo visceral, lo sexual el común denominador de todas estas vidas: amores y desencantos, celos y promiscuidad, lesbianismo y amor desmesurados por algunos hombres van surgiendo en un libro cuyas penas y soledades fueron de la mano con creaciones literarias de primera magnitud. Las sensaciones pasaron, pero quedan las obras, y sus huellas materiales.

Toni MONTESINOS